

## SEXTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

## CAPITULO VII.

QUE ES INCOMPARABLE EN GRACIAS Y MERECIMIENTOS.

Reparando el real profeta que algunos se detenian demasiado en la consideracion de las prendas exteriores de la esposa, que acabamos de describir, los convida prudentísimamente á la contemplacion de las perfecciones de su alma diciéndoles que todo lo que ha pintado de las calidades exteriores, no es nada en comparacion de lo de adentro, donde se halla toda la gloria, es decir, toda la hermosura, nobleza y perfeccion de la hija del rey (1). • En verdad, dice S. Andrés de Jerusalem (2), hariamos mal en quedarnos siempre en el vestibulo, cuando somos convidados á entrar mas adentro con la madre del Verbo y pasar hasta el santuario de su sagrado corazon para considerar las maravillas de gracia que ha obrado Dios en ella; porque si tan hermoso es el exterior que hemos contemplado hasta aqui, ¿qué se á lo de dentro? • Sin embargo creo que cualquiera conocerá ser árdua empresa el querer discurrir de la gracia de la madre de Dios, y que necesario de la misma gracia para desempeñar dignamente el asunto. Por lo cual á fin de proceder con mas método haré ver esta gracia primera-

(1) Salmo XLIV.

(2) Orat. 4 de dormit. B. V.

mente en su nacimiento, es decir, en la primera santificacion de la madre de Dios, luego en su aprovechamiento, y por último la admiraremos en su perfeccion al salir de esta vida. No será inoportuno echar despues de estos discursos una ojeada hácia las gracias gratuitas que le comunicó Dios por colmo, para que su alma no dejase de ser enriquecida con todo género de perfecciones.

§. I. — De la excelencia de la primera santificacion de la madre de Dios.

I. Presupuesto que la Virgen santísima fué santificada en el instante de su concepcion, como se verá mas despacio en el capitulo siguiente, no trato aqui sino de la excelencia de la gracia que recibió entonces de Dios. Los doctores no tienen reparo de decir que excedió á la de los mayores santos y aun á la de los mas nobles espíritus del cielo. Así lo enseñan el mártir Metodio (1), el cardenal Pedro Damiano (2), S. Bernardo (3), san Buenaventura (4), S. Bernardino de Sena (5), S. Antonino (6), Alberto Magno (7) y otros muchos. Esto lo entiendo yo de la gracia que llamamos consumada, es decir, de la que poseyeron á la hora de su muerte ó en el día mas claro de su perfeccion. Para la confirmacion de esta verdad no encuentro nada mas elevado que el admirable discurso de David, quien la veia en espíritu en el salmo LXXXVI, como aseguran S. Atanasio (8), S. Agustin (9), S. Ildefonso (10), Hesiquio (11), S. Ger-

(1) Orat. de Hypananie.	(7) Super Misas.
(2) Sermo de nativ. B. Virg.	(8) Epist. ad Marcellinum.
(3) Sermo de aquæ ductu.	(9) Sermo 13 de tempor.
(4) Specul. B. V., c. 3, 6, 7.	(10) Sermo 5 de Assumpt. et apud eundem S. Ambros.
(5) Sermo 4 in Salve.	(11) Homil. 4 de Desperat.
(6) P. 1, tit. 16, c. 16, §. 2.	

man de Constantinopla (1), Nicetas (2) y S. Bernardo (3); y esto es de lo que yo hago mas caso, porque la iglesia canta en todo el orbe aquel salmo en honor de la Virgen, y hoy en todos los pulpitos resuenan á cada paso las partes de ese poema divino. Ve aquí cómo entona el poeta inspirado del Espíritu Santo su cántico sagrado: «Sus fundamentos están sentados en los montes santos.» S. Gregorio explicando un pasaje del profeta Isaías muy parecido á este (4), donde se dice que en los últimos dias estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes y se elevará sobre los collados, habla así (5): «Este monte es la gloriosa Virgen, la cual por la alteza de su eleccion sobrepujó todas las criaturas elegidas por Dios. Y á decir verdad es preciso confesar que es un monte sumamente alto, porque para alcanzar á la concepcion del Verbo eterno fué necesario que levantase la punta de sus méritos sobre todos los coros de los ángeles.» S. Bernardino, considerando las mismas palabras del profeta Isaías (6), sostiene que meritoriamente excede la Virgen á los montes mas altos, en atencion á que la alteza de sus gracias pasa por cima de las almas mas privilegiadas, que la extension de sus méritos los abraza todos y que la firmeza de su eleccion no encuentra nada igual entre todos los otros santos. Lo mismo pensaba S. Juan Damasceno cuando decia en un sermón de la natiuidad de la Virgen santísima (7): «Hoy empieza la salud del mundo; regocijados, montes, es decir, vosotras, almas elevadas por la alteza de vuestra contemplacion, porque ya se descubre la cumbre del monte santo, que sobrepu-

(1) Orat. de ador. zome B. V.

(2) Thesaur. l. 3. c. 4.

(3) Sermo 3 in vigl. Nativ. Damian., Sermo de Annuntiat.

(4) Isat. II, 2.

(5) In I Reg. lib. I, c. 1.

(6) Tom. 3, serm. 41.

(7) Orat. 1 de nativ. B. Virg.

ja los otros y que sin comparacion es mas eminente que todos los collados del mundo. Hablo de la Virgen santísima, que ve debajo de sí á los hombres y á los ángeles por mas encumbrados que estén. «Y para que no parezca que David dijo esto como de paso y enderezando su camino á otra parte, quiero hacer ver que ese fué el sentido místico de aquel cántico y que tantos como son sus versículos, tantas son las razones para confirmar su proposicion; á saber, que la Virgen desde su immaculada concepcion se aventajó en gracia y en méritos á los mayores santos del mundo y á los primeros espíritus del cielo.

II. Porque primeramente dice que el Señor ama las puertas de Sion sobre todos los tabernáculos de Jacob; lo que S. Anselmo explica en términos mas claros diciendo (1) que no solo la ama con un cariño que no tiene igual, sino que lo ha manifestado con obras dignas de su grandeza; en una palabra que todos los ángeles juntos no pueden comprender la vehemencia del afecto que le profesa. De donde infiere muy oportunamente S. Buenaventura (2) que no es maravilla que ella ame mas que todos los otros, supuesto que tiene mejor parte que todos ellos en las gracias del Señor. De esta poderosa consideracion se vale S. Lorenzo Justiniano para deducir (3) que la Virgen era mas amada de Dios y que Dios la queria mas en el instante de su concepcion que á los santos mas eminentes á la hora de su tránsito y á los mas encumbrados espíritus en el punto de su confirmacion en gracia. Esto no puede negarse fácilmente, si consideramos que el bien que Dios queria á esta señora desde entonces, era gracia eminente y de un orden su-

(1) De excellent. Virg., c. 4.

(2) Specul. B. Marie, c. 633b.

(3) Sermo de nativ. Virg.

perior á todas las demás. De aquí se sigue que no pudiendo Dios amar sin hacer bien y que yendo siempre sus mercedes á la par de su amor, como la Virgen ocupó desde luego el primer lugar en su cariño, se llevó al mismo tiempo sus primeras gracias y sus mas singulares favores.

III. En segundo lugar asegura David que se han dicho cosas gloriosas de la ciudad de Dios, y yo añado que tambien de la gracia que fué concedida á aquella señora, porque es inaudito con qué tren y comitiva entró en su alma dicha gracia. Tened el gusto de verla andar en su majestad, y advertiréis cómo está enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo y todas las gracias gratuitas de Dios, ataviada de todas las virtudes, pero tan ricamente, que no son casi nada las de los otros. La veréis acompañada de una promesa infalible de firmeza y perseverancia final, seguida de la justicia original, que ponía á sus pies todos los enemigos de la gracia, sujetaba enteramente el cuerpo al alma, y hacía á esta sin disputa obediente á Dios, dotada anticipadamente del uso de la razón que recibió entonces no como una gracia pasajera, sino como una concesion irrevocable para siempre, defendida de cierta impecabilidad que se extendía generalmente á toda clase de pecados, segun mostraré por menor al fin de este capitulo y en el siguiente. Y si puede juzgarse de la grandeza de un principe por la magnificencia de su corte y de su comitiva; ¿no se podrá decir que esa gracia que camina con tal tren, no es comparable con la que recibieron los otros en cualquier punto de su vida que se los quiera considerar?

IV. En tercer lugar dice el profeta que aun cuando el Señor la favoreció con esta gracia incomparable, se acordará de Rahab y de Babilonia que le conocen, y que tendrá presentes á los extranjeros, y á Tiro, y al pueblo de los etíopes. Esto quiere decir que Dios la consideraba

desde entonces como el asilo y el refugio comun de todos los pecadores, que habiéndose retirado de su majestad debian de recurrir á la Virgen para volver á él, y dirigirse á la misma como á madre de todos los hijos de Dios y cooperadora de su salud: que la miraba como á señora de todos sus bienes. « Asi en calidad de tal, dice S. Buenaventura (1), debia de ser privilegiada con una gracia tan copiosa, que hubiese para comunicarla generosamente á todos. » Por eso dice muy bien Sofronio (2) y con él San Pedro Crisólogo, S. Bernardo y otros muchos que en esta ocasión es llamada y saludada llena de gracia, porque la gracia se comunicó á los demás sucesivamente y en parte; pero sobre Maria se derramó toda la plenitud de la gracia. Este modo de hablar da á conocer bien claramente que la entiende de su primera santificacion. El mismo S. Buenaventura distingue tres especies de gracias (3): la primera que es propia y peculiar de nuestro señor Jesucristo; la segunda que conviene á nuestra señora; y la tercera que es comun á los otros santos. A la primera la llama meritoriamente superabundante, porque el Salvador debia de ser la primera fuente de gracia, y era necesario que corriese tan copiosamente, que hubiera para comunicarla á todos. A la segunda la llama gracia de prerogativa, porque era necesario que fuese mas eminente que todas las otras gracias como reservada á aquella que habia de ser una segunda fuente de gracia y que como madre debia de tener siempre blandisimas entrañas. A la tercera la califica con el nombre de suficiente, no porque no haya sido al mismo tiempo muy eficaz, sino porque no siendo causas universales, como lo es la madre de Dios, aque-

(1) Specul. D. Vir., c. 3.  
(2) Sermo de Assumpti.

(3) In 3 d. 43, p. 3.

llos á quienes corresponde, pedía la razon que se contentasen con tener lo bastante para sí y para cumplir el oficio que habian recibido por suerte como miembros particulares de la iglesia. Es necesario confesar que todos los demás, en cualquier orden ó grado que se encuentren, no son mas que siervos, y que la Virgen, siendo la madre y señora, no debe de entrar á la parte con ellos, sino tener todo cuanto puede desear sin medida ni limitacion. Mas no nos apresuremos á pasar adelante, porque pronto vendrá la ocasion oportuna.

IV. En efecto continuando David alega la razon mas natural á la par que mas eficaz de todas: ¿Por ventura no dirá Sion: *Hombre y hombre* nació en ella? Lo cual significa segun el énfasis de la reduplicacion hebraica: el hombre sin igual. S. Agustin lo interpreta así (1): el hombre que vivió delante de nosotros, y el que fué hecho despues. S. Juan Damasceno (2): el hombre que es criador y criatura juntamente, mortal é inmortal, visible é invisible, finito é infinito, es decir, el hombre que es eterno en el seno de su padre aun cuando sale temporalmente del vientre de su madre, el hombre que allá arriba es el rey de la gloria, mientras experimenta nuestras miserias en la tierra; el hombre que está sentado en el cielo sobre el trono de su majestad al mismo tiempo que es enclavado en la cruz; el hombre que vive al mismo tiempo que espira; el hombre que todo lo puede mientras todo lo padece; el hombre que es adorado de los ángeles mientras es ultrajado por los hombres; el hombre que juzga á los que le condenan, que prepara la vida á los que le dan la muerte, y que forma los planes de un mundo nuevo cuando el viejo parece que quiere acabar; es decir, el Dios que padece y el hombre

(1) In psalm. LXXXVI.

(2) Orat. 4. de dormit. B. V.

que es impassible, el hombre que es Dios y el Dios que es hombre, el hombre que está en Dios y el Dios que está en el hombre. Este es el hombre y el hombre que nació de la Virgen, el que arrastra todo tras sí, porque estando ella destinada á ser madre de Dios, todo le era debido, y la plenitud de las gracias era enteramente conveniente á su estado. «Todos los ríos entran en el mar, dice el Sabio, y sin embargo este no rebosa.» De la misma manera todas las gracias son recibidas en el alma de Maria sin que excedan la dignidad de madre de Dios. Acordáos, dice S. Pedro Damiano (1), de que os hablo de aquella en quien habitó de intento nuestro benignísimo Señor á fin de hacerle todas las caricias imaginables; de suerte que habiendo hecho todas las cosas buenas quiso que esta fuese la mejor de todas, como que debía de ser su santuario, su propiciatorio, su lugar de recreo y su mansion predilecta. ¿Os admiráis de que esté llena de gracia, dice S. Gregorio Taumaturgo (2), cuando se encuentra en ella el tesoro de todas las gracias del mundo?

VI. Prósigue David y dice en quinto lugar que el mismo Altísimo la ha fundado. Esta es la divisa que se ve en letras de oro sobre el frontispicio de esta santa casa, por donde pueden entender todos; que no hay que extrañar si este edificio es una maravilla del mundo, pues el arquitecto del universo puso mano en él y grabó por sí mismo sus armas y su nombre. Pero especialmente se dice que echó los fundamentos de ella, para que nadie dude que la Virgen fué muy eminente en gracia desde su primer instante. «El Verbo divino la amaba ya en el vientre de santa Ana, dice S. Lorenzo Justinia-

(1) Sermo de Annunt.

(2) Sermo 4. de Annunt.

no (1), y desde entonces la honraba como á su madre viéndola prevenida de una copiosísima bendición y digna de tener por maestro al Espíritu Santo. » De donde infiere el angélico doctor (2) que aunque en el instante de su primera santificación no tuviese todavía el título y grado de madre de Dios, sin embargo pues que tenia el nombramiento del cielo y la aprobación de la santísima Trinidad, no podia estar dispuesta á recibir aquella honra sino por la plenitud de la gracia.

VII. El profeta dice en sexto lugar que el Señor registrará en las escrituras de los pueblos y de los príncipes el nombre de aquellos que han estado en ella. Supuesto pues que este gran arquitecto la edificó con ánimo de hacer gala de ella y de celebrarla en la junta de todos los notables del mundo y que está singularmente destinada á hacer resplandecer la grandeza y excelencia de su artificio, ¿parecerá extraño que este haya empleado toda su industria y sabiduría, si es lícito decirlo así? Con gusto me alargaría sobre esta materia; pero prefiero detener aquí mi pluma para manifestar mas despacio en el capítulo XIII que Dios saca mas honra y gloria de la Virgen santísima sola que de todas las demás criaturas juntas, y que en ella se descubren mas perfectamente que en estas los admirables rasgos de sus perfecciones divinas.

VIII. El profeta concluye así: « Ciertamente todos los que moran en ti, viven en alegría. » De este versículo usa particularmente la iglesia en el oficio de la Virgen á fin de manifestarnos qué debemos de pensar y sentir acerca del valimiento que la reina de los ángeles tiene con Dios; valimiento tal, que nadie que la ha invocado, ha quedado descontento; al contrario cuantos han acudido á ella,

(1) Sermo de nativ. B. Virg. (2) P. 3, q. 27, art. 6.

han tenido que pregonar sus mercedes y los portentos de su bondad. S. Gerónimo traslada este lugar diciendo que no se oye otra cosa en aquel sagrado palacio sino coros de música y conciertos armoniosos, los cuales indican que en ella están todas las fuentes de Dios, es decir, que por ella como por un conducto celestial pasan todas las gracias que se comunican á los hombres. El parafrasta calden vierte que el motete de esos cantares divinos es que de esta santa casa suben continuamente hácia el cielo toda suerte de alabanzas, no menos agradables á Dios que los sacrificios que se le ofrecen, aunque ocupen el primer lugar entre los honores que se le tributan en la tierra. Por último segun la interpretación de algunos el Espíritu Santo quiere decir que todo su amor está en ella; que las entrañas de su caridad son para ella; y que todos sus pensamientos y deseos se dirigen á ella. Estas alabanzas parecerian desmedidas, si no se tratase de la que está guardada en los tesoros de la predestinacion eterna para ser digna madre de Dios y á quien por lo tanto está reservada una gracia tan extraordinaria y una merced tan alta, que debe de estar dispuesta á recibirla por todas las gracias de Dios, todos los favores del cielo y todas las caricias del Espíritu Santo.

§. II. — Del aumento de la gracia en la Virgen santísima.

*Nuestra señora pudo crecer en gracia.*

I. (1) Mas á fin de hablar con orden y con fruto de las

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — « La senda de los justos, dice el Sabio, va adelantando como luz que resplandece, y crece hasta el día perfecto. Si esta doctrina es cierta y verdadera en todos los amigos de Dios; mucho mas en la Virgen santísima, y por eso se la compara á la aurora, á la luna y al sol. »

increíbles medras de la madre de Dios es preciso ante todo poner por fundamento cierto que pudo crecer en gracia y que con efecto medró toda su vida. Esta es la doctrina de los teólogos fundada en la sagrada escritura y confirmada por la razón, porque habiendo sido toda su vida viadora como decimos, y no bienaventurada todavía con una felicidad consumada estuvo siempre en estado de merecer y por consiguiente de crecer en gracia; y todo cuanto puede alegarse en contrario, á mas de estar destituido de fundamento es antes en perjuicio que en honra y provecho de la madre de Dios.

*El tráfico de la gracia es admirable.*

II. En segundo lugar es muy conveniente que sepamos que no hay ningun tráfico en el mundo semejante al de la gracia de Dios. La razón es primeramente por ser un negocio que no necesita tiempo como los otros, sino que se hace en un instante. Es una semilla divina, que prende, se arraiga, brota, echa flores y hojas y da fruto al mismo tiempo. Demas lo admirable en ella es que una obra que proviene de este principio, merece no solo la gloria, sino un aumento de gracia proporcionado á la eficacia y vigor de dicha obra, en consideracion de la cual es dada. Este aumento le recibe el alma en el acto y sin tardanza alguna, porque Dios, no menos liberal que rico en misericordia, paga, como suele decirse, al contado y así que se le presenta la acción digna de premio. Mediante este incremento el alma se enriquece con nuevos medios y por consiguiente queda dispuesta á producir actos mas relevantes que antes.

III. En tercer lugar quisiera yo que se considerase cuidadosamente una palabra dicha mas arriba como de paso; á saber, que solo aprovechan y medran las buenas almas, esto es, aquellas que suspirando solamente por

Dios se entregan en un todo á él resueltas á servirle, cueste lo que cueste, pero con actos heroicos. Porque así como suele acontecer que un rico comerciante gana mas en un cuarto de hora paseándose á la orilla del mar ó sentado junto á su mostrador que un pobre buhonero en ochenta años pasando y volviendo á pasar los Alpes y corriendo tierras con mil fatigas y peligros, de la misma manera vemos en la negociacion espiritual que una buena alma aprovecha mas en virtud de pronto que ella misma en cincuenta años ó que otra en igual tiempo con obras ordinarias, aunque ejecutadas con la gracia de Dios. La prueba de esta verdad es perentoria en los ejemplos de muchedumbre de santos, cuya eminente santidad se debió á alguna acción arrojada seguida de perpetuas conquistas dignas de aquella, que no se desdice jamás.

*Solo una alma esforzada aprovecha y medra.*

IV. Para la mejor inteligencia de esto noto en cuarto lugar que es tan noble la gracia de Dios difundida en nuestras almas, que es capaz de doblarse á cada acción que produce. Porque aunque el precio de las obras meritorias no dependa tanto de los hábitos que hay en el alma, como de la eficacia de la gracia impulsiva y del esfuerzo de la voluntad prevenida y movida por la misma gracia, como se ve claramente en grandísimos pecadores que aprovecharán en una hora mas que hayan adelantado en muchos años algunos religiosos que reciben continuamente las gracias de Dios y se emplean sin intermision en actos de virtud; no obstante no puede negarse que cuando los hábitos están en el alma en un grado excelente, si son animados de fuerte impulso de la gracia excitante á la manera de un viento impetuoso, producen mas singulares efectos. Así sucede

muchas veces que el hábito de la gracia que estaba antes en el alma, crece al doble de lo que era por medio de un acto generoso que produzca: así tambien sucede todos los dias que un corazon bueno anda en poco tiempo mas camino que millares de los que ejecutan lentamente su tarea; porque obliga á la bondad de Dios siempre fiel y que no puede ser vencido en liberalidad, á concederle dones sobre dones, gracias sobre gracias y mercedes sobre mercedes, y mas que todo á empeñarle en grandes ocasiones y en empresas señaladas, por cuyo medio practicando todos los dias nuevos actos de virtud y nuevas proezas se llena de honor, se ciñe muchos laureles, se anima con sus propias hazañas, entra mas intimamente en el goce del favor y al cabo de la cuenta no sabe él mismo lo que gana. Esta doctrina certisima es enseñada por los santos padres y confirmada por la Escritura, y se funda en la experiencia de todos los grandes siervos de Dios, los cuales si se hicieran grandes, fué por la práctica de este secreto. Sus ejemplos deberian de estimular nuestra flojedad, porque Dios no pide mas que las ocasiones de adelantarnos.

V. Finalmente para hacer á manera de una recopilacion de todo lo que va dicho hasta aqui, considero que así como un hombre puede hacerse muy rico con estas cuatro cosas, gran capital, buena conducta, tiempo á propósito para negociar y algunas ocasiones oportunas, del mismo modo una alma llega á alcanzar grandísimos merecimientos y una gracia relevante con otras cuatro cosas, que son una primera gracia santificante de elevado precio y muy superior á la ordinaria, un cuidado continuo de aprovechar, una larga vida pasada en los ejercicios de la santidad y la dicha de ser empleada por Dios en varias ocasiones buenas, es decir, de hacer y padecer grandes cosas por él.

VI. Presupuesta esta doctrina, paso á la sacratísima

Virgen, la cual hallo que hizo admirables progresos en la virtud y extraordinaria adquisicion de santidad mediante las cuatro calidades ó condiciones de que acabo de hablar. Dos de ellas se explicarán muy pronto: en cuanto á su caudal, que no es otra cosa que la gracia dé su primera santificación, he dicho bastante en el discurso anterior, y respecto del tiempo que tuvo para negociar, habiendo vivido setenta y dos años por lo menos segun la opinion mas probable sin comprender los nueve meses que estuvo en las entrañas de santa Ana, basta esto para conjeturar si acumuló muchos méritos en una tan larga serie de años. Falta solamente hablar de la diligencia y de la conducta que empleó en esta negociacion, y de las ocasiones en que se encontró para lucrarse la gracia recibida.

*Nuestra señora mereció sin intermision.*

VII. En cuanto á la diligencia y conducta diré en dos palabras, pero dignas de considerarse despacio, que mereció y por consiguiente que creció en gracia sin intermision ni interrupcion durante toda su vida; de suerte que poniendo obra sobre obra duplicaba por lo menos sus gracias y méritos á cada acto que su santa alma ejecutaba (1). Digo por lo menos, porque segun el principio sentado mas arriba la piadosa creencia podria hacerla pasar mas allá, y no obstante estaria bien fundada. Si se trata de explicar por menor mi dicho; deseo que en primer lugar se tengan en cuenta buen número de autores, los cuales no exceptúan ni aun el tiempo del sueño. Entre estos se encuentran S. Ambrosio (2), Alberto

(1) Suarez, t. 2 in 3 p., (2) De Virg., l. 2. disp. 43, sec. 2.

Magno (1), S. Antonino (2), S. Bernardino de Sena (3), el abad Ruperto (4) y algunos otros (5). Tratando uno de S. Basilio afirma que fué el hombre que mas vivió, porque sus dias fueron llenos segun la frase del salmista y toda su vida fué un ejercicio de virtud, que es la verdadera vida del hombre. Así se hallarán muchos que hayan vivido mas largos años que él; pero pocos ó ninguno que hayan vivido mas. Pues si se ha podido decir jamás de una simple criatura que sus dias fueron llenos y que todos los instantes de su vida fueron empleados santamente, es de la virgen Maria, porque hasta el breve sueño que tomaba, era una continua práctica de virtud. Recuérdese además que los santos padres nos instan vivamente á que no neguemos á esta señora ningun favor, en especial en términos de gracia, que sea adecuada tanto al estado y condicion de la madre como á la grandeza y magnificencia del hijo. Siendo esto así, ¿qué cosa hay mas conveniente para ella y que mejor muestre el cariño sin igual de Dios para con la misma que esta continua reduplicacion de gracias y la admirable diligencia con que contribuia ella de su parte á recogerlas todas y lucrarias cuanto le era posible?

VIII. En tercer lugar no se olvide que es cosa que pasma lo que escriben algunos autores muy buenos de los maravillosos adelantamientos de ciertos santos. De donde colijo que habiendo sido la cooperacion de la Virgen para corresponder á la gracia de Dios la mas elevada que puede encontrarse, fue de todo punto incomprendible para nuestros entendimientos. Por mi parte

(1) De B. Virg., c. 476, 477  
 (2) P. 4, t. 15, c. 20, §. 6.  
 (3) Tom. 2, serm. 51.  
 (4) L. 8 in Cant.  
 (5) Dionys. Carthus. in illud Cant. V: Ego Dormio etc.

me persuado fácilmente á que fuera de esta alma privilegiada de todas suertes no hubo jamás una, cuyas acciones todas fuesen ajustadas á toda la extension de la gracia divina. Por otra parte lo que pudiera hacer difícil la creencia de esta proposicion, seria tal vez la dificultad casi continua que experimentamos nosotros en el ejercicio de la virtud á causa de los asaltos que nos dan nuestras malas costumbres y nuestras viciosas inclinaciones, de los impetus furiosos de la concupiscencia, de las sorpresas y violencias de nuestros enemigos invisibles que nos embisten ocultamente y cara á cara y no nos dejan nunca en paz. Pero nada de esto debe de perjudicar á la madre de Dios, la cual ignoró enteramente la resistencia que nuestra naturaleza depravada acostumbra poner al ejercicio de las virtudes: porque en cuanto á los combates interiores el azote de Dios, que son las tentaciones de los espiritus malignos, no se aproximó á aquel tabernáculo divino (1), segun haré ver en otra parte (2). En cuanto á las rebeldías interiores, estando enteramente sujetos á la razon todos los movimientos del cuerpo y del alma, como mostraré en el capitulo siguiente, no sintió nunca el menor impetu de ellos, sino que se inclinaba mas blandamente á la virtud que los mas sensuales á las acciones naturales y al contentamiento de sus apetitos desordenados.

*Las gracias que se daban á nuestra señora, eran extraordinarias.*

IX. Si á todas estas consideraciones añadimos las impetuosidades de las gracias del cielo que sobrevénian á las singulares disposiciones existentes en su alma; habrá

(1) Flagellum non appropinquabit tabernaculo (Psalm. XC).  
 (2) Trat. 2. c. 9, §. 7.



que confesar que ni aun los ángeles no podían seguirla, y podremos figurárnosla lo mismo que una nave cargada de riquezas del Oriente, que navegando en alta mar con viento en popa y á toda vela cámina con tal celeridad, que se esconde á la vista de los presentes, sin que nada le haga resistencia. Navega, navega resueltamente, sagrada nave, porque ya que nosotros no podemos seguir tus huellas con nuestros débiles espíritus, nos bastará hacer que resuenen en la playa las acostumbradas voces de júbilo, que te asegurarán el gozo que sentimos por tu dicha.

*Grandes ocasiones en que se encontró: primeramente desde el instante de su concepcion hasta la encarnacion del Verbo.*

X. La cuarta cosa me detiene, á saber, las ocasiones extraordinarias en que se encontró la Virgen santísima casi todo el tiempo de su vida y que le ofrecieron los medios de hacer tan grandes adelantamientos, que se pierde el entendimiento humano en la indagacion de ellos. Para decir algo de esta materia y para que mis lectores discurren mucho mas dividiré la vida de la Virgen en tres épocas: la primera comprende desde su inmaculada concepcion hasta la Anunciacion: la segunda desde este dia hasta la muerte de su santísimo hijo; y la tercera desde entonces hasta el dia de su tránsito. En la primera nuestro desde luego el instante de su primera santificación, en el que recibió tesoros inestimables de gracia, según hemos visto en el discurso anterior. Encuentro el de su purísima natividad cuando fué dada visiblemente al mundo como el principio de la felicidad que esperaba, en que se duplicaron las gracias que habia recibido antes, en consideracion del regocijo público y de la venida de este hermoso dia, que no era tanto el nacimiento de la madre de Dios en la tierra, como el re-

nacimiento del mundo. Encuentro la entrada que ella hizo en el santuario (de que he tratado arriba), donde fué recibida de nuevo bajo la especialísima proteccion del Espíritu Santo, quien debía disponerla para que fuese su digna esposa, y donde desde luego fué engalanada con nuevos atavíos de gracia y despues enriquecida continuamente con las mas exquisitas finezas de su futuro esposo.

*Aprovechamiento de la Virgen santísima desde la encarnacion del Verbo.*

XI. En cuanto á la segunda época lo primero que encuentro es la incomprensible encarnacion del Verbo divino en las virginales entrañas de María, de la que los santos dicen maravillas. S. Gerónimo entre otros la compara (1) á la cuadragésima segunda mansion del pueblo de Israel cuando acampó junto al rio Jordan, porque el misterio de esta figura se cumplió, dice el santo doctor, cuando el Salvador del mundo habiendo hecho hasta entonces diferentes estaciones entre los antiguos patriarcas se detuvo por fin junto al sagrado Jordan, es decir, junto á la gloriosa Virgen, que á manera de un rio hinchado rebosaba de las gracias del Espíritu Santo por todas partes. Si desde entonces y aun desde antes estaba llena de gracia, dice el elocuente S. Euquerio (2); ¿quién podrá siquiera pensar con qué abundancia la recibió cuando fué concebido Dios en sus entrañas? Si con la presencia de la bienaventurada Virgen, dice el venerable Beda (3), fué llena su prima Isabel de una luz tan ex-

(1) Epist. ad Fabiolam de quadraginta et duobus mansionibus.

(2) Ad Evang. ferie IV, dominic. IV adventus.

(3) Homil. de Visitat.

traordinaria, que ella misma se admiró; ¿qué debemos de creer del sol de donde procedia aquella claridad? No hay duda ninguna, dice Sofronio (1), de que mucho tiempo antes que la Virgen concibiese al Verbo, era incomparablemente mas santa que todas las otras criaturas, porque así era razon que fuese preparada aquella de quien debia de tomarse la carne que Dios habia determinado unir á su propia persona. Mas en el feliz instante en que bajó á ella la gracia sustancial del cielo y que le hizo sombra la virtud del Altísimo, se volvió mas preciosa y mas hermosa que la santidad: se hizo tan gloriosa por la prerogativa de sus méritos, que desde entonces fueron celestiales y divinos todos los ejercicios en que se empleó. Bien sé que todo cuanto puede decirse, no se acerca á lo que es en realidad; no obstante para que mis lectores conciban algo de la excelencia de la gracia que allí recibió entonces, propondré solamente las consideraciones de tres insignes doctores. El primero es el autor de la glosa ordinaria, á quien la iglesia ha tenido siempre en veneracion: pues explicando el aquel pasaje del capítulo primero de S. Mateo, donde se dice que José no conoció á Maria despues que esta hubo concebido y parido al Verbo divino, expone que el sentido de estas palabras es que José desconoció en cierto modo á la santísima Virgen su esposa desde aquel tiempo, porque del divino rostro de esta salia un resplandor que le deslumbraba y le infundia cierto temor respetuoso á la par que grato. El segundo es S. Bernardino de Sena, el cual sienta una proposicion digna de examinarse mejor en otra ocasion (2). Dice pues que la Virgen mereció mas

(1) Sermo de Assumpt. ad Paulam et Eustoch. (2) Trat. 2, c. 2.

por solo el acto de consentimiento que dió á la embajada del ángel, que todos los mártires juntos al tiempo de sufrir los mayores tormentos, todos los confesores en sus penitencias y trabajos y todas las virgenes en las victorias alcanzadas por defender su castidad, en una palabra mas que todos los santos del cielo en sus continuos ejercicios de virtud. Y si este acto solo fué tan relevante y de tan subido precio, ¿quién nos dirá el mérito de la gracia que le fué otorgada entonces (1)? El tercero es S. Antonino, arzobispo de Florencia, el cual confiesa (2) que siente una grandísima inclinacion á creer que fué tan excelente la gracia de la Virgen en aquel dichosísimo instante, que mereció la clara vision de Dios y del misterio que se obraba en ella, aunque á manera de relámpago solamente y por muy poco tiempo; de lo cual habrá que decir algo en el capítulo siguiente. Aunque agucen aqui todos los ángeles sus entendimientos y se esfuerzen á comprender la alteza de esta gracia, no lo conseguirán jamás. Así que es contento suyo y nuestro al mismo tiempo que sean tan relevantes los méritos de la que ellos veneran, que no haya medio de alcanzarlos.

*Aprovechamiento de la Virgen santísima hasta la muerte del Salvador.*

XII. Pues si la gracia de la Virgen santísima fué infante en el instante de la encarnacion del Verbo, no es de creer, dice S. Agustin (5), que la haya disminuido el tiempo; al contrario seria imposible á cualquiera, excepto á aquel que se dignó de tomar de ella la naturaleza criada, explicar los efectos que produjo despues.

(1) Tom. 2, serm. 54, art. 3.

(2) P. 4, tit. 45, c. 47.

(3) Sermo de Assumpt. cap. 4.

S. Atanasio lo había enseñado antes que aquel santo doctor en estos términos (1): «La llamamos llena de gracia, porque fué llena de todas las gracias del cielo por la plenitud del Espíritu Santo que bajó á ella; gracias que no ha de creerse que fueron como transitorias en ella, sino que la acompañaron mientras llevó en sus entrañas el fruto de vida y aun hasta el fin de su mansion en la tierra.» A la verdad me parece que sería contrario á la razon é incongruente creer que la Virgen hubiese decaído de sus méritos mientras criaba al hijo de Dios, le envolvía en las mantillas, le servía con tanto cariño, le acompañaba en sus viajes, le escuchaba sus admirables lecciones, padecía por él y con él; pues por el contrario la razon obliga á confesar que entre los mas señalados ejercicios de la vida activa y contemplativa llegó á tan alto grado de merecimiento, que hizo exclamar á los ángeles atónitos: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varita de humo de los aromas de mirra y de incienso y de todo polvo de perfumero (2)?» Porque el enumerar aquí los actos de fé, esperanza, caridad, humildad, obediencia, resignacion, paciencia, fortaleza, celo y todas las demás virtudes que subían de continuo de su sagrado corazon como del altar de los perfumes, el decir con qué pureza y perfeccion lo acompañaba, y el referir juntos sus adelantamientos diarios es menos fácil que contar las estrellas del cielo ó las arenas del mar. Es necesario aguardar á ver en el espejo de la esencia divina lo que su majestad se sirva descubrirnos, y entre tanto decir sin cansarnos que es tres veces santo no solo en sí, sino en esta su esposa, á quien hizo para que fuera despues del Verbo encarnado el portento de toda santidad.

(1) Sermo de S. Deipara. (2) Cantic. III, 6.

*Aprovechamiento de la Virgen desde la muerte del Salvador hasta su tránsito glorioso.*

XIII. De la tercera época, que es la que transcurrió desde la ascension de nuestro Señor hasta la asuncion de la Virgen á los cielos, no puedo decir otra cosa sino que se pasó en toda especie de ocasiones de las principales y mas heróicas virtudes, en las entrevistas continuas de los espiritus bienaventurados y de su amado hijo, en los éxtasis de la mas elevada contemplacion, en las llamas de las mas fervorosas comuniones, en la visita ordinaria de los santos lugares, en los actos gerárquicos de su celestial magisterio y de las divinas lecciones que daba á los maestros del mundo, en la caritativa asistencia que prestaba á la nueva iglesia del Salvador; en una palabra en la práctica ordinaria de las mas excelentes acciones de que es capaz una simple criatura. Esto hizo decir á S. Lorenzo Justiniano (1) que es imposible explicar la vehemencia del amor de esta alma privilegiada, la eficacia de los santos deseos que abrasaban su corazon en encendida llama, y el ímpetu de los reiterados suspiros que exhalaba al cielo; de suerte que para seguir el pensamiento de aquel ilustre santo necesitamos imaginarnos un globo de fuego, que habiéndose movido mucho tiempo en el horno llega á romper la cárcel donde estaba aprisionado por la fuerza, se lanza sin resistencia alguna y con una celeridad incomparable atraviesa la region baja y media del aire, y cuanto mas se aproxima á su lugar natural, mas aumenta su rapidez, de manera que excede á los vientos mas impetuosos. Esta es una tosca imágen para ayudarnos á comprender cómo la madre de Dios, habiendo doblado siempre el paso durante

(1) Sermo de Assumpt.

su vida, iba cobrando nuevo vigor á medida que se acercaba al cielo como á su lugar elemental, y cómo habiendo excedido á todos de mucho tiempo atrás se excedía á sí misma por medio de nuevos ejercicios de santidad.

S. III.—De la elevacion de su gracia final.

*Testimonios de los santos padres.*

I. Ya no resta sino este último punto, si bien es el mas importante de todos y el mas difícil de ventilar. Llamo su gracia final no al último impulso ó la última mocion eficaz de Dios, no al último consentimiento que dió al aviso del cielo, sino á la perfeccion de su última gracia santificante, es decir, al estado y á la medida de la gracia que habia en su alma á la hora de su tránsito despues de los aumentos continuos de que se ha hablado hasta aqui. De esta gracia, dicen los santos doctores maravillas, y no obstante les parece siempre que no han dicho nada. «Ella recibió la plenitud de la gracia,» dice S. Ildelfonso (1). «Es un abismo de gracias, dice san Juan Damasceno (2): sobrepuja á los querubines; excede á los serafines; nadie se acerca mas á Dios que ella.» «Su gracia es infinita,» dice S. Epifanio (3). «El privilegio de sus méritos es inexplicable,» dice S. Bernardo (4). «No hay entre los hombres, ni entre los ángeles, dice S. Anselmo, quien pueda declarar la elevacion de su gracia (5).» «La Virgen santísima es llamada mar, dice Dionisio el Cartujo (6), porque así como nadie puede contar las gotas del mar, así tambien es imposible

(1) Sermo 6 de Assumpt.

(2) Orat. 4 de nativ. B. Virg.

(3) Orat. de S. Maria Deip. art. 30.

(4) Sermo 4 de Assumpt.

(5) De excellentiâ Virg., c. 2.

(6) De laudibus Virg., l. 3.

penetrar la excelencia de la gracia y de la gloria que ella recibió de Dios.» «No hay entendimiento que pueda comprenderla, dice S. Agustin (1), ni lengua que pueda hablar de ella como es debido.» «A Dios solo corresponde conocerla perfectamente,» dice S. Bernardino de Sena (2). «La gracia de la madre de Dios, dice San Buenaventura (3), fué muy verdadera en su naturaleza, muy rica en su precio, muy inmensa en sus dimensiones, muy provechosa en sus efectos. Fué muy copiosa en la afluencia de los dones del Espíritu Santo, muy agradable en la manifestacion que de ella se hizo al exterior, muy singular en los privilegios que la acompañaron, y muy gloriosa en el premio que la siguió. La Virgen fué llena de gracias por la ilustracion de su sabiduría, por la inundacion del Espíritu Santo, por la posesion de la santidad, por la uncion de la misericordia, por la fecundidad de su vientre, por la instruccion de los maestros de la iglesia, por el olor de su buena vida, por la emanaion de la gloria de Dios y por el goce de la bienaventuranza perdurable. El ángel la llamó llena de gracia; el Espíritu Santo la llenó; y toda la Trinidad la poseyó.»

*Demostracion palpable de la elevacion de la gracia de la Virgen santísima.*

II. Si el entendimiento humano pudiera comprender hasta dónde llegó esta gracia por sus crecimientos ordinarios, de que he discurrido poco antes; tengo por seguro que se pasmaría de asombro. Y si él no puede alcanzar á tanto, mucho menos será capaz la pluma de declararlo. No obstante para dar alguna nocion imper-

(1) Sermo de Assumpt.  
(2) Tom. 4, sermo 54.

(3) Specul. B. V., 2, 5, 6, 7.